

CONFERENCIA EN LOVAINA

Jacques Lacan

Jacques Lacan à Louvain. Conferencia pronunciada en la Universidad Católica de Lovaina, el **13 de Octubre de 1972**.¹

Puesto que se ha tenido la bondad de presentarme, voy a entrar en la difícil tarea de hacerles escuchar esta noche, digamos, algo. Les agradecería, a las personas que están en la periferia, que me señalen, de la manera que les convenga, si se me escucha bien; como no me

¹ Este texto fue publicado originalmente, con la autorización de Jacques-Alain Miller, pero evidentemente no establecido por él, en el número 3 de la revista *Quarto*, suplemento belga a la *Lettre mensuelle de l'École de la Cause Freudienne*, 1981. Para su traducción, nos servimos como fuente de la versión del mismo publicada en la edición anónima que agrupa varios inéditos de Lacan, titulada *Petits écrits et conférences*. En algunos puntos dudosos, así como para obtener algunos datos del contexto en que fue pronunciada esta conferencia, hemos confrontado dicha versión transcrita con los fragmentos de la misma filmados, reproducidos en un video realizado por Françoise Wolf, video que incluye también una entrevista efectuada al día siguiente, que no traducimos. Dadas ciertas características que ofrece el texto fuente del que nos servimos — parece la transcripción directa de la banda magnetofónica, sin mucha elaboración—, me he permitido modificar la puntuación del mismo en aquellos lugares cuyo sentido no era dudoso, pero que podía volverse así en la traducción. Los términos entre llaves, { }, son, igualmente, de nuestra cosecha. — *Nota de Marzo de 2002*: he confrontado la anterior traducción con la versión aparecida en la página web de la *école lacanienne de psychanalyse* (en adelante: **elp**), <http://www.ecole-lacanienne.net/>, bajo el título: *La mort est du domaine de la foi. Conférence à Louvain* (“La muerte es del dominio de la fe. Conferencia en Lovaina”).

gusta mucho este tipo de utensillo {Lacan se refiere al micrófono}, me lo coloqué debajo de la corbata. Pero, si por azar, eso constituye un obstáculo, tengan la gentileza de decírmelo. ¿Se escucha? ¡No se escucha! {risas del público} Y así, ¿se me escucha? ¿Anda? Entonces, la corbata, pues, era un obstáculo. Recién tuve el placer de tener frente a mí lo que yo había pedido, lo que yo había pedido a J. Schotte y a Vergote, a saber, algunos de ustedes, que me han formulado preguntas que, como se los he dicho, me interesan, me interesan mucho, me interesan mucho en cuanto que toda pregunta no se funda nunca sino en una respuesta. Es cierto. Uno no se formula preguntas sino siempre ahí donde uno ya tiene una respuesta,² lo que parece limitar bastante el alcance de las preguntas; sin embargo, eso era para mí una ocasión de medir lo que, para cada uno, era una respuesta³. Evidentemente, para cada uno, las respuestas difieren. Es incluso lo que hace obstáculo a lo que tan gentilmente se llama la comunicación {risas del público}; en fin, veo que tengo un auditorio. La comunicación, qué gente simpática, la comunicación, eso hace reír; y bien, eso es para mí un muy vivo estímulo; si ustedes ya han llegado a eso, vamos a poder avanzar un poco, un poco; no me pidan más.

He tomado, así, algunas notas en un papelito, cuando⁴ terminé con las 25 o 30 personas que tuvieron la gentileza de responder a la invitación de mis huéspedes. Estaba tan contento, puesto que jamás me sucede que me extracten 25 personas antes, para que yo tenga una idea de con quién voy a hablar⁵. Estaba tan contento, que me quedé con ellos hasta las seis y media, cuando yo estaba ahí desde las cuatro, y, desde luego, eso no permite la preparación de lo que se llama una conferencia. Jamás tuve la menor intención de darles una conferencia, pero tengo una enseñanza; he hecho eso durante, sí, durante un muy largo tiempo, en fin, lo hice durante 17 años, y crean que yo lo

² La versión **elp** señala en este punto que Lacan dice “la respuesta”, acentuando el “la”.

³ La versión **elp** señala en este punto que Lacan dice “la respuesta”, acentuando el “la”.

⁴ {lorsque} — alternativa ofrecida por **elp**: *parce que* {porque}.

⁵ alternativa ofrecida por **elp**: “de a quién voy a hablar”.

preparo; pero para, en principio, venir a hablar a personas que forzosamente no tienen de todo eso más que esta cosa curiosa, en fin, ¿no?, esta cosa que se propaga por vías impersonales, que se propaga por vías imperceptibles, y ciertamente desconocidas por mí, las que hacen que siempre he debido creer más bien en lo que se llama mi audiencia. Entonces, tras las preguntas que se me formularon hasta aquí, verdaderamente, no podía hacer otra cosa que decirme que improvisaría, como se dice, lo que no quiere decir nada. Yo no improviso, desde luego, no improviso, aunque tenga a mi alrededor un número de cabezas mucho más considerable que lo que esperaba; digo esto porque sólo veo eso, cabezas. Son muy cautivantes, las cabezas. Es incluso tan cautivante que eso a meundo se las da vuelta. Y bien, créanme si quieren, los dejo libres, eso a mí no me la da vuelta; eso no me la da vuelta porque soy un analista y, por este hecho, no pienso, de cada uno de ustedes, que todo pase por ahí, bien lejos de eso. Eso no impide, desde luego, que a causa de algunos términos de los que me sirvo en algunos medios que son, como por azar, medios llamados analíticos, se diga que yo hago un psicoanálisis intelectualista, bajo el pretexto de que yo he partido — el día en que, como siempre, resultaba que me encontré así, fuera del campo de lo que se llama la sociedad psicoanalítica llamada internacional. No es porque yo me haya salido, eso hay que saberlo bien; jamás me he salido del sitio donde yo tenía personas que tenían conmigo una experiencia común; pero, en fin, resulta que en ese momento, ése era el momento de la fundación de una de esas sociedades filiales que constituyen la fuerza de un cierto agrupamiento, resultó que alguien había pensado así, por razones de política, que no estaba mal, a pesar de todo, hacer que en ese momento se responda a una demanda que era evidentemente la de la formación analítica. Saltó alguien para actuar como se actúa en todas partes, en fin, es decir, que si uno no está más de acuerdo, uno dice “Presento mi renuncia”; entonces esta persona, a la que quiero mucho, al fin de cuentas la quiero mucho, no estoy loco por eso, pero, en fin, la quiero mucho, esta persona presentó su renuncia a la Internacional; no me lo habían dicho, eso se hizo la víspera del día que debían encontrarse conmigo para fundar un nuevo grupo. Si me lo hubieran dicho, yo le habría dicho: “de todos modos consulte los estatutos”. ¿Qué consecuencias tuvo eso, presentar su renuncia? Eso siempre tiene consecuencias, hay que saber cuáles. Entonces, resultó que, a continuación de eso, en un cierto congreso de Londres, como las personas se habían comportado legalmente —rindo justicia y homenaje a la persona de la

que les hablaba—, ya no se pudo tomar la palabra, lo que siempre es fastidioso cuando se trata de una cuestión en debate. Eso volvió difícil, desde luego, la continuación de las relaciones, sobre todo cuando la misma persona que había presentado su renuncia, ya no tuvo más que una prisa, que era la de volver a entrar en el seno del Alma Mater Internacional. En fin, todo eso son detalles.

La cosa de la que quisiera esta noche que ustedes tengan un poco el sentimiento, porque supongo de todos modos que, aparte de las personas que tienen ganas de acogerme aquí, en fin, no es el caso de todo el mundo, es lo que es el psicoanálisis. En el punto al que he llegado, y en el que ustedes no están, desde luego, he llamado a eso un discurso. Naturalmente, hay que saber lo que yo entiendo por eso, un discurso; lo que yo entiendo por eso, es lo siguiente: un discurso, es esta especie de lazo social, es lo que llamaremos, si estamos de acuerdo, si les parece bien, el ser hablante, lo que es un pleonismo, ¿no? Es como, porque es hablante, que es ser, puesto que no hay ser más que en el lenguaje. Entonces, el hablante —el hablante, todos ustedes lo son, en fin, al menos lo supongo—, el hablante que todos ustedes son, se cree ser en muchos casos, en todo caso en éste; es suficiente creerse para ser, de alguna manera, este ser hablante, generalmente clasificado como animal, es completamente, a justo título, este ser hablante clasificado como animal, es completamente sensible que tiene lazos sociales; en otros términos, no es su condición común la de vivir en solitario. No solamente eso no es su condición común sino que, al fin de cuentas, no lo es jamás. No obstante, pasa su tiempo soñando {con que} bien podría serlo. De ello resultan encantadoras novelas, como *Robinson Crusoe*. Qué podría ocurrirle si estuviera solito, no se puede decir que no aspire a ello. Pero, vean, si hay una cosa que está muy clara en ese tipo de mitos que siempre vuelven a brotar, es que hay algo, en todo caso, que no lo abandona, {y} es justamente eso, que él sea hablante: cuando está absolutamente solo, continúa hablando; en otros términos, continúa, como se expresa nuestro querido amigo Heidegger, de quien hablamos recién, en la cena, continúa habitando el lenguaje. De ahí que, de todos modos, es preciso que yo sondee un poco las cosas. Hay que partir de ahí. Pero cuando está en una isla desierta, habita el lenguaje y, de alguna manera, hasta sus menores pensamientos le vienen de ahí; estaríamos muy equivocados de creer que, si no tuviera lenguaje, pensaría; no es que piense con, es el lenguaje el que piensa; y luego, él recibe de eso

tantas más cosas cuanto más tiempo haya estado ahí adentro, y no es una razón, porque haya tenido un pequeño naufragio, para que eso cese.

Hablábamos del animal, y recién, me formularon preguntas. Debo decir que ellas me interesaron tanto más cuanto que es sobre eso que iba a modelar lo que podía tener para decirles. Se ha hablado de un cierto Szondi, por quien tengo mucha estima, aparte de esto, como lo he subrayado bien, eso no tiene estrictamente ninguna relación con el discurso analítico. El discurso analítico forma parte de esto que podemos saber, en todo caso con una entera certeza, es lo mínimo que se pueda decir, esto es que todo lo que se edifica entre esos animales llamados humanos, está construido, fabricado, fundado sobre el lenguaje; eso no quiere decir que los otros animales sociales, en fin, ustedes seguramente han oído hablar de ellos, las hormigas, las abejas y algunos otros ejemplos distinguidos sobre los cuales nos hemos inclinado, como se dice, sobre los cuales pasamos nuestro tiempo observándolos, nosotros, seres lenguajeros — tienen algo, no se sabe qué, por otra parte, estamos reducidos a decir que es el instinto, algo que los mantiene juntos. Parece difícil no darse cuenta de que lo que hace que los seres humanos se mantengan juntos, ellos también, eso tiene relación con el lenguaje. Yo llamo discurso a ese algo que, en el lenguaje, se fija, se cristaliza, que usa de los recursos del lenguaje, que evidentemente son mucho más amplios, que tienen más recursos, que usa de eso para que el lazo social entre seres hablantes funcione. Es a continuación de eso que, hablando de aquello de lo que nos ocupamos, he tratado de dar a esta idea una pequeña cristalización; eso me ha permitido distinguir primero a aquel que sigue estando en la base — como todo el mundo, ustedes conocen un poco de eso—, es lo que se llama, en fin, lo que yo he llamado así, pero no he sido el primero, los caminos ya estaban desbrozados por un cierto número de personas, el discurso del amo. Ustedes ven a dónde hemos llegado, llamamos a eso el discurso amo {*maître*: “amo”, “maestro”}. *Maître*, es decir el magistrado,⁶ es de eso que ha heredado la lengua francesa. Ahora bien, está claro que eso antes se llamaba el discurso de la dominación. Pero las cosas ya habían deslizado, hay que creerlo, para que lla-

⁶ En este punto, la versión **elp** se pregunta si Lacan lo ha escrito en el pizarrón (suponemos: el discurso), o resulta del transcriptor. De todos modos, ninguna de las dos fuentes transcribe el discurso del amo.

memos a eso el discurso del amo; es decir, es lo que ya aparece en un título del llamado San Agustín, el magistrado, *de magistro*.⁷ Magistrado, eso no es nada, eso es lo que se llamaba, hasta un cierto momento, el pedante, es decir, aquél a quien el amo confiaba sus niños; pero ahora es el pedante quien tiene la magistratura, hay que tener eso en cuenta y distinguir, a pesar de todo, por algo, ese pequeño..., en mis esquemas eso da un cuarto de vuelta.

Es cierto que todos, aquí, tantos como son, ustedes están incluidos en este segundo tipo de discurso. Ustedes esperan algo de un acceso a esta especie de poder que confiere lo que ha sido promovido, por el cuarto de vuelta en cuestión, a un cierto lugar que llamamos el saber. Esta es una revolución histórica; de ningún modo se trata, desde luego, que yo haga unas etapas, de todo eso. Efectivamente, en el poquito que sabemos de historia, podemos, pero eso vacila, podemos concebir el momento en que el saber se ha dado el poder; eso quiere decir que, si podemos concebirlo, eso quiere decir que eso no estaba antes, y en efecto, el verdadero amo, el *dominus*, tiene necesidad de no saber nada. Lo único que es preciso, como me he expresado, así, es que eso marche. El que tiene que saber algo, es aquél que está encargado de que eso marche, es decir, lo que un tal Hegel llamó el esclavo. Por otra parte, es siempre entre los esclavos que se eligieron a los pedantes, porque se sabía bien que los había que sabían algo. Y luego, eso se puso a girar así, suavemente, y llegaron otras cosas, cuyo gráfico no les voy a hacer. Por qué brinco, por qué salto hemos llegado a un punto en el que hay al menos una persona, en fin, que, yo... yo entre otros, pero en fin, de todos modos yo, quien, así, he hecho una pequeña operación de desbrozamiento para tener la idea de que es en ese rango que hay que colocar el discurso analítico. Qué quiere decir eso, el hecho de que ese pequeño trajín, así, que hubo alrededor de Freud, haga ahora... que ustedes estén ahí, tan numerosos, y que el psicoanálisis les preocupe, les plantee problemas, eso incluso les deja la idea de que ahí sucede algo importante, en fin, a lo que se podría recurrir cuando todo el sistema, en fin, ya no marchara muy bien; como yo decía recién, es cierto, en fin, que hay pequeños anuncios así, de que eso ya no marcha muy bien. Entonces, ¿qué idea pueden tener ustedes del discurso analítico? A pesar de todo, en seguida haré hablar

⁷ SAN AGUSTÍN, *Del Maestro / De Magistro*, en *Obras de San Agustín* en edición bilingüe, III, *Obras filosóficas*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1971.

de una manera muy pertinente, en fin, de ese Szondi, como alguien que sin duda ya guiado, trabajado por el discurso analítico, había querido hacer una especie de puente entre lo que estaba fomentado en ese discurso y, bueno, la condición de todos modos fundamentalmente animal en la que está ese ser hablante que se cree ser.

He sido así un poquito arrastrado a hacer observar que, sobre el asunto de la biología, ahí, el psicoanálisis, en fin, no ha aportado gran cosa, y sin embargo sólo tiene eso en la boca: las pulsiones de vida, en fin, y “yo te cloqueo”, las pulsiones de muerte. En fin, de eso les ha llegado algo, ¿sí o no?, porque sin eso, paso, sí o no, más bien sí o más bien no. ¡Ah! Hay que desconfiar de toda esa charlatanería {*aplausos*}. ¡Un poquito de seriedad!... La muerte es del dominio de la fé. Ustedes tienen mucha razón en creer que van a morir, desde luego; eso los sostiene. Si no creyeran en eso, ¿podrían soportar la vida que tienen? Si uno no estuviera sólidamente apoyado sobre esta certeza de que eso terminará, ¿acaso podrían ustedes soportar esta historia? Sin embargo, no es más que un acto de fé. El colmo de los colmos, es que ustedes no están seguros de eso. ¿Por qué no habría uno o una que viviría hasta los 150 años? Pero, en fin, a pesar de todo, es ahí que la fé vuelve a tomar su fuerza. Entonces, en medio de eso, ustedes saben lo que les digo al respecto, yo, porque he visto eso, hay una de mis pacientes —hace mucho tiempo, de manera que ella ya no escuchará hablar de esto, sin lo cual yo no contaría su historia— ella un día soñó, así, que la existencia volvería a brotar siempre por sí misma, el sueño pascaliano, una infinidad de vidas sucediéndose a sí mismas sin fin posible; se despertó casi loca. Ella me lo contó {*risas en el auditorio*}. Desde luego, yo no lo encontraba divertido. Pero, vean, la vida, eso es algo sólido {*Lacan golpea el escritorio*}, sobre lo cual vivimos, justamente. En la vida, desde que uno comienza a hablar de ella como tal, la vida, desde luego, nosotros vivimos, eso no es dudoso, incluso nos damos cuenta de ello a cada instante. A menudo, se trata de pensarla, tomar la vida como concepto; entonces, ahí, nos ponemos al abrigo todos juntos, para recalentarse con un cierto número de bichos que nos calientan, naturalmente, tanto mejor cuanto que para lo que es de nuestra vida, la de nosotros, no tenemos ninguna idea de lo que es. Gracias a Dios, es el caso decirlo, ¡El nos ha dejado solitos! Desde el comienzo, desde el Génesis, había innumerables animales. Que sea eso lo que haga la vida, tiene la mayor verosimilitud, es lo que nos es común con los animalitos.

Primera aproximación, es algo hermoso, la vida, como ustedes saben, eso se mueve, es caluroso, en fin, es sensible, en fin, es conmovedor. Entonces, uno comienza a pensar, uno piensa, Dios sabe por qué, que la vida se conserva; de todos modos eso es un signo, en fin, de que ahí pasa algo un poco más serio. Para que eso dure, es preciso que eso se conserve, eso hace lo que es preciso para conservarse, lo que comienza a complicar un poquito más las cosas. Lo que es muy serio, en fin, se los digo porque quisiera de todos modos tratar de decantar un poco lo que les llega del psicoanálisis, el cual, desde luego, no está tan pegado a esta tontería. Es suficiente, en fin, un poquito de coco, ¿no?, para darse cuenta de que de ningún modo es eso, la vida de ningún modo es forzosamente lo que se mueve, ni lo que hace cosquillas, ni lo que hace lo que es preciso para conservarse. Hace un tiempo excesivamente largo que nos hemos dado cuenta de que la vida, en fin, es precisamente de la vida que se trata en el vegetal. Si me atrevo a decirlo —digo “si me atrevo” puesto que voy a retomarlo, voy a considerarlo otra vez—, muy tempranamente fue sentido nuestro parentesco de vivientes con el árbol; parece, por lo poco que sabemos de historia, que las innumerables metamorfosis con las que el mito antiguo nos expresaba sus verdades nos testimonian de ello. De manera que, por asombroso que eso pueda parecerles, resulta que no se tuvo necesidad de los últimos progresos de la biología, ¿no?, no se tuvo necesidad de mi querido amigo André Jacob, para poner el acento sobre esto, que es el único rasgo característico de la vida: que eso se reproduce, porque para todo lo demás, hasta nueva orden, ustedes siempre podrán buscar lo que es la vida.

Pero no se ha esperado a André Jacob, yo lo he nombrado porque es mi amigo, de ningún modo se tuvo necesidad de esperar eso para que nos diéramos cuenta de que no era más que eso, a saber, que decir, como lo he dicho recién, que eso hace cosquillas, eso quiere decir que eso goza o que eso sufre, es del mismo orden; eso tiene un cuerpo. ¿Acaso el árbol tiene un cuerpo? Los antiguos, como los llamamos, no dudaban de eso; como prueba, y sólomente como prueba, pero esto no es nada, como prueba {están} los mitos de metamorfosis. Cuando dije “muy tempranamente”, ustedes ven en seguida la ambigüedad: ¿eso quiere decir que ellos eran más astutos de lo que nos esperábamos, o quiere decir que eran más sabios, quizá, que nosotros? Esa es la cuestión, la cuestión del saber. Nosotros

sabemos no pocas cositas que nos parecen, naturalmente, que forzosamente no tienen relación con lo que sabían los otros, los que nos han *prédécédé*⁸ en este planeta, en fin, de los que tenemos huellas, algunos documentos; pero no podemos tener, por definición, ningún tipo de idea de las cosas que ellos sabían, y que quizá nosotros ya no sabemos. Pero la cuestión del saber, y particularmente del saber del esclavo, del saber que ahora nos rige, sigue estando enteramente en suspenso. Lo que yo quisiera decirles es eso, es que hay algo que ya, cuando conservamos de eso, así, una pequeña máquina flotante que se llama el *Menón*, de Platón, y que plantea la cuestión: la ciencia, definida como lo que se transmite como saber, está al margen de la opinión verdadera, la que no se define sino por esto: que ella no es la ciencia, es decir, que no hay modo de transmitirla, pero que no es por eso menos verdadera, y que estamos por eso reducidos a recurrir a ella, así, cuando la encontramos, es decir, a darnos cuenta de que, para dar el brinco que estoy forzado a dar, a falta de poder eternizar este discurso, que hay una cierta manera de cerrar su frase alrededor, lo que hace que eso tenga efectos, quiero decir, que algo cambia para quien es alcanzado por esta frase; no por eso la opinión verdadera está menos caída del asunto, pero eso tiene sus efectos sobre aquél que se engancha a esta frase. Yo pregunto, pregunto lo que podemos imaginar del psicoanálisis si no vemos que ésa es la cuestión, a saber, por qué algo que tiene un cierto objetivo, por ser dicho tiene algunos efectos. De todos modos, está claro que el psicoanálisis no opera por medio de ningún otro instrumento. El recurso que habitualmente se ha hecho al efecto llamado de transferencia, a saber, {que} a fuerza de verse durante algunos días, uno termina por ser completamente cautivado por un cierto ser, y luego, después, ¿qué imagen ofrece ese ser que está ahí, en su sillón, para escucharlos? ¿Qué ejemplo? ¿Qué enseñanza? Entiendo que el amor lleva lejos, pero de todos modos, raramente se ha visto en el amor un *partenaire* así {risas}. Además, tras haber recurrido a este juego de prestidigitación, esto es todavía demasiado, es un amor sin duda transferido, ilusorio, es mi mamá, es mi papá que yo amo en tí. Freud era, a pesar de todo, un poco más

⁸ *prédécédé* — La versión de los *Petits écrits et conférences* destaca la palabra en cursiva, mientras que la versión **elp** le adjunta la siguiente nota al pie de página: “¿Falta de tipeo o neologismo?”. De tratarse de esto último, implicaría la condensación entre “quienes nos han precedido” {*qui nous ont précédé*}, nuestros predecesores {*prédécesseur*}, y quienes han muerto {*décédé*} antes {*pré*} que nosotros.

serio, a pesar de todo ha dicho que la transferencia es el amor, pura y simplemente. ¿Por qué se ama a un ser así? Dejo por el momento la pregunta en suspenso. He dado de eso, en fin, una fórmula, y es a propósito de la transferencia que he hablado en unos términos que están llenos de trampas, como de costumbre, como en todo lo que digo, desde luego —por qué diría otra cosa que aquello de lo que se trata, justamente, cuando se trata del inconsciente, a saber, que el lenguaje jamás tiene, jamás da, no permite jamás formular sino unas cosas que tienen tres, cuatro, cinco, veinticinco sentidos?—, el sujeto supuesto saber. Desde luego, es cierto que durante un cierto tiempo se ha podido creer que los psicoanalistas sabían algo, pero eso ya no está muy extendido {risas}. El colmo de los colmos, es que ni ellos mismos lo creen ya {risas}, en lo cual están equivocados, pues, justamente, ellos saben una parte, pero, exactamente como para el inconsciente en lo que es su verdadera definición, ellos no saben que lo saben. Entonces, eso tiene otro sentido, no es un señor o un colega o alguien que es supuesto así, saber. Recién, a la salida, alguien me dijo que mi discurso se apoyaba un poco demasiado sobre no sé qué saber absoluto; si hay alguien que piensa que el saber absoluto es precisamente la fisura, en fin, absolutamente irremediable en toda la fenomenología que se dice del espíritu, de Hegel, si hay alguien que lo subraya a lo largo, a lo ancho, de través, soy yo, precisamente. El pensamiento, bajo pretexto de ese desarrollo fabuloso, justamente, del discurso del amo, no es por azar que Hegel haya dado su coronamiento: el progresivo ascenso del esclavo, quien en Hegel, muy pertinentemente, es supuesto, en efecto, ser el soporte del saber, se elevará hasta lo absoluto, la potencia del amo, y que eso será lo que conjugará el saber con lo absoluto, es verdaderamente uno de los más... en fin, es la dialéctica, lo que es decir todo. Hay que guiarse por el faro de la dialéctica: no hay nada mejor para estar seguro de dar vueltas en redondo.

Entonces, retomemos nuestro hilo. Esta vida, esta vida en relación a la cual nos cuidamos de abrir la boca en cuanto a que es lo que más seguramente está consagrado a la muerte, esta vida con la que nos llenamos la boca, ¿en qué sentido vale servirse de ella? Lo que estoy tratando de enunciar en sus comienzos, en esta entrada en materia, es lo siguiente: el uso que hacemos de metáforas; es decir, que ahí donde somos capaces de dar cuenta del menor comportamiento, en fin, de todos modos está la cubierta, el paraguas de la vida: es así porque es la

vida. Está claro que, por poco que nos apoyemos en el uso de esta palabra, sólo puede llegar al final, en todas partes donde se ha osado emplearla de una manera que ha tenido consecuencias, y no de una manera fútil.

Ahí donde se ha hablado de “Yo soy el camino, la verdad y la vida”, la vida viene en último lugar, y aún, si ustedes hojean un poco en toda esa literatura, *la vita nuova*, eso quiere decir que es preciso desembarazarse de no pocas cosas, que son generalmente consideradas como de la vida, para que llegue la vida nueva. Ella es siempre el resultado de algo que ante todo es desbrozamiento de sentido, y como se dice, tratar de darnos un sentido a la vida. Entonces, la mejor manera de comenzar a darle un sentido, es no creer que ella misma es el sentido. Sucede que ella sea el resultado del sentido. Si hay una cosa absolutamente cierta, es que de ningún modo es en dar un sentido a la vida que desemboca el discurso psicoanalítico. El da un sentido a montones de cosas, a montones de comportamientos, pero le da, no el sentido de la vida, tampoco por otra parte nada que comience a razonar sobre la vida. Cuando el biólogo, el behaviorista, comienza a considerar cómo se comporta eso, puede en efecto hablar de lo que recién llamaba conservarse, y si empuja un poco más las cosas, hablará de supervivencia. ¿Sobrevivir a qué? Esa es la cuestión. Para lo que es del ser hablante, hay algo que se llama el acto, y eso constituye ahí, sin la menor duda, el sentido; la característica del acto en tanto que tal, es exponer su vida, arriesgarla; es estrictamente su límite. No me voy a poner a exponer la apuesta de Pascal, para decir que la vida, para quien piensa y siente un poco, no tiene estrictamente más que un sentido, poder jugarla. ¿A cambio de qué? De innumerables otras vidas, sin duda. No deja de ser cierto que aquello de lo que se trata es de jugarla, es la apuesta. Hasta el punto al que hemos llegado, es que el discurso, el discurso del amo particularmente, y eso Hegel lo ha visto muy bien, es que fuera del riesgo de la vida, no hay nada que dé un sentido a dicha vida.

Otra forma de desciframiento es lo que yo pongo en juego aquí; otra forma de desciframiento nos es propuesta, pero lo extraño es que eso no parta más que de otro discurso. Hay huellas, en el comienzo del discurso de Freud, de referencias a la vida. Se trata de un discurso, de un discurso del que él enseña, el de la histérica, y este discurso, ¿qué es lo que descubre? Muy precisamente, un sentido. Y este sentido, por

relación a todo lo que hasta entonces se ha evaluado, es otro. Es, voy a decir, la o el, digamos para desbrozar la cosa, es el goce {*la jouissance*}; pero si ustedes ponen la cosa en dos palabras, con un guioncito, es el go-sentido o sentido-gozado {*le joi-sens*}. No hay una sólo de las palabras de esas bienvenidas, esas bienamadas —llamé *Aimée* {Amada} a la enferma de mi tesis, de la que hablaba hace un momento, no era una histérica—, no hay una sólo de las palabras de esas histéricas de las que no podemos denunciar qué hilo, hilo de oro del goce, las guía; y es también muy precisamente por eso que este discurso enuncia el deseo, y constituye este deseo para dejarlo insatisfecho. Freud nos guía y nos ha dado, es cierto, un nuevo discurso que hace, ustedes ni siquiera se percatan de eso, que todas las maneras que tenemos de abordar el sentimiento, el incidente, la afectación⁹ de algo en un cierto campo, todos ustedes, no hay necesidad para eso que estén en análisis, ni que sean analistas, ustedes saben interrogarlo de una manera de la que no hay nada en toda la literatura pasada, incluso si tal como está hecha testimonia de dar vueltas alrededor de eso. Recién hablaba de un novelista, Georges Meredith, quien escribía completamente al comienzo de este siglo o incluso un poquito antes, cuando lo leemos, en fin, si podemos sentir, en fin, qué quemante justeza, qué divinidad cómica lo guiaba, es en términos que eran estrictamente impensables en la era victoriana en la que esta novela apareció.

Quién, pues, antes de Freud, era capaz, a propósito de un duelo —a pesar de todo es algo que volvemos a encontrar cada tanto, no a menudo—, a propósito de un duelo guiado, no por cualquier hilo, porque Freud desde luego escribió sobre el duelo, pero quién puede traducir eso en términos sensibles. Cuando en *Duelo y melancolía*, literalmente yo no he tenido, para decirles todo, más que dejarme guiar; en fin, si un día inventé lo que era el objeto *a* minúscula, es que eso estaba escrito en *Trauer und Melancholie*. La pérdida del objeto, ¿qué es este objeto, este objeto que él no ha sabido nombrar, este objeto privilegiado, este objeto que no encontramos en todo el mundo, que sucede que un ser encarna para nosotros? Es precisamente en ese caso que es preciso un cierto tiempo para digerir su duelo, hasta que este

⁹ *affectuation* — En nota a pie de página, **elp** se pregunta: “¿Falta de tipeo o neologismo?”. Este último condensaría *affect* {afecto}, *affectation* {afectación} y *effectuation* {efectuación}.

objeto, uno se lo haya resorbido. Esto está claramente dicho, escrito en Freud. Pero en nuestros días hay un montón de personas que, sin haber leído jamás este texto de Freud, pero simplemente a causa de lo que circula, de todo lo que pasa así, en la conciencia común, como se dice, son capaces de decirse “eso no es un verdadero duelo”, y discutir la cuestión. Es un jueguito masoquista, por ejemplo. En nuestros días, hace quince años que sabemos servirnos del término “maso”: “él es maso”, “tú eres maso”, “yo soy maso”, “él es maso”, eso se conjuga. Y todo el mundo sabe que “maso”, es de relumbrón. “No es un verdadero duelo”, está al alcance de todo el mundo, eso. En fin, ¿acaso se imaginan a esta cuestión, discutida antes de Freud? Yo he escuchado eso con mis orejas, y es lo que prueba que, a pesar de todo, ha ocurrido algo. Sí. Esta dimensión del sentido, al estar identificada al goce, con esto de más, ¿eh? —es para eso que servía mi pequeña historia de hace un momento—, es que esto no es simplemente lo que ya estaba al alcance de todo el mundo, sino que nadie jamás había expresado antes, la conciencia, el pensamiento, el dominio, en fin, un muy gran número de categorías que también tenían su valor, pero que a pesar de todo estaban un poco pulverizadas. Hemos explicado muchas cosas, pero a pesar de todo no todas, de las que a pesar de todo hemos heredado, heredado en el uso, ¿no?, que hacemos de ellas. No necesito evocarles que incluso había filósofos, escuelas así, un poco particulares, que habían encontrado que el goce merecía una mención, ¿eh?, porque no se engañen, Epicuro, en fin, eso de ningún modo es el goce, es el placer, y el placer consiste en que, como se dice, la tensión sea lo más baja posible. Menos hagan con eso ante todo, vale más, pero menos sienten eso también, más agradable es. No hay la sombra de búsquedas de goce, y entre nosotros, ¿quién lo busca? Respuesta: los perversos; eso es la enseñanza de Freud. Los hay que están mordidos por el goce, y por eso están listos para todo. Eso los lleva lejos, sin duda, pero no los lleva en cierta vía con la cual a pesar de todo podríamos imaginar algunas relaciones, esto es, el goce sexual. Es cierto que hay en Freud esto, ante todo, que consiste en mostrar que el goce sexual es el punto ideal por relación al cual se localizan los diversos goces perversos, esto por una parte, y por otra parte, que todo tipo de comportamientos que juegan con el deseo, juegan con él de tal manera que, de lo que se trata, es que en ningún caso se desemboca en el goce, y esto se llama la neurosis.

Los dos descubrimientos, las dos brechas que abrió Freud, es eso; los *Tres ensayos sobre la sexualidad*, es eso lo que quieren decir. En *El malestar en la cultura*, ahí, esa especie de grito que zanja tanto más cuanto que, por relación al conjunto de su discurso, en fin, eso desentona, que el goce sexual es sin ninguna duda, en fin, el momento del goce. De todos modos, hay algo que queda al margen, esto es que todo lo que él demuestra en el comportamiento humano, es que si hay algo para lo cual está hecho el comportamiento, es para defenderse del goce. Freud, pues, ha aportado eso; todo lo que él ha aportado como teorización que podemos llamar energética no es más que la tentativa de fundar algo que se parezca a la física moderna, con esta estofa, diría yo, este flúido, este algo hipotético que es el goce como soporte. ¿Qué quiere decir “principio de placer”, sino la transposición lúcida? Es tanto más notable cuanto que él no se engañó un sólo instante respecto del sentido de una cierta moral de la que hablé recién, bajo el nombre de moral epicúrea. No había que entrar en ese juego del goce, eso es lo que era el placer. Freud transforma eso en términos de niveles, del mismo modo que podríamos decir que la física, la mecánica, la dinámica moderna, está fundada sobre el principio del menor trabajo. Quiero decir que, para que algo pase de un nivel a otro, pasará allí por el camino más corto, que todo el razonamiento respecto de ese algo, en fin, mítico, espero que ustedes se den cuenta de ello, que se llama la energía, ¿de qué se trata? Energía eléctrica, térmica, ¿la energía qué? ¿qué quiere decir eso? Eso quiere decir simplemente que, cuando ustedes hacen la cuenta al final, ustedes deben encontrar la misma cifra que al comienzo, y como las cifras ustedes las fijan de manera completamente precisa sobre cada “desplazamiento” del conjunto, ustedes las eligen de manera que al final eso dé el mismo total; no es otra cosa, la energía. Freud no pudo haberse dado cuenta completamente de eso, porque, como muchas personas, en fin, de su época, él creía que la energía era otra cosa que un cálculo. Y entonces, ¿qué inscribe él? Inscribe lo siguiente, que el principio del placer, del mismo modo que la caída de los cuerpos en la ley del menor trabajo, el principio del placer es la pendiente del menor goce. Y luego se da cuenta, en un segundo tiempo, que eso no basta, y produce el más allá del principio del placer, ¿y qué necesita él de ese más allá?, lo que él llama automatismo de repetición.

Es preciso dejarse guiar un poco así, sobre todo cuando no tenemos un tiempo infinito para hablar, es preciso dejarse guiar un poco

por la lengua; no es sólo en francés¹⁰ que repetición quiere decir lo que quiere decir, es decir, dos veces o tres veces o una infinidad de veces, la petición, es decir, la demanda. Y la repetición quiere decir que la demanda no se detiene, y que nada la detiene. Y ahí, él está forzado a elucubrar toda una mecánica del retorno que, desde luego, es mucho más que legible, que es incluso traducible, del retorno de la vida a la muerte; y en efecto, por qué no; aparte de esto, como acabo de hacérselos notar, que eso deja completamente intacta la cuestión de lo que es la vida. Yo partí de ahí, eso me fue inspirado por las preguntas recientes alrededor de Szondi, pero, en fin, es completamente claro que ahí, la mecánica llamada del placer encuentra su límite. No sólomente encuentra su límite, sino que lo encuentra de tal modo que todavía hay muchos analistas para encontrar que la tasa de *Trieb*, para no traducirla por instinto, la deriva de la muerte, eso no pega, ellos no andan en este asunto. Todo eso reposando, desde luego, sobre el malentendido fundamental de que el placer es el goce. En resumen, lo que quiero hacer observar, es que hay un cierto segundo discurso de Freud, que es la tentativa de una economía, de un balance de las cuentas, de una energética, para decir la palabra, que está inspirada por el discurso científico, y que además no está de ningún modo forzosamente al margen, pero que no tiene estrictamente los medios para impulsar su articulación hasta unas consecuencias seguras que muestren ellas mismas su falla, que pongan por delante el más allá del principio del placer en claro, como lo que es, a saber, que lo que está más allá del principio del placer, es muy precisamente todo lo que falla, todo aquello de lo cual se ocupa el analista, es decir, esa repetición de una demanda, que de todos modos está ahí para algo, para algo distinto que desembocar en el anonadamiento. Ahí hay algo que insiste, y lo que insiste, es justamente lo que tiene más sentido, y este sentido es del orden del goce. Freud, sin ninguna duda, se alcanza a sí mismo a través de ese rodeo que se le impuso por el enigma de los hechos con los cuales aprende a afrontarse, más allá del discurso de la histérica. Esto no impide que, si hay un enigma, un enigma que él deja abierto, y que es aquello por lo cual, en fin, se inicia aquello sobre lo cual, al final de todo, cae su pluma, a saber la división, el clivaje de lo que él llama el *Ich*, a saber el sujeto, pues en el momento en que él se desconcierta, por el hecho de que el *Ich* esté dividido de él mismo, a

¹⁰ También en castellano, por ejemplo.

saber, que persigue concurrentemente el deseo contradictorio, ahí, en ese punto extremo de encuentro con esto, digamos para ir rápido, que es el punto donde yo retomo la cosa. De todos modos, él había planteado la cuestión llamada del narcisismo desde mucho antes, a saber... Por el contrario, de donde yo he partido, como quizá una parte de ustedes, es, a saber, bajo la especie de lo que he intitulado el estadio del espejo. Hay un modo de goce imaginario que es éste, que el hombre se satisface de su imagen, esa sombra, ese recorte, ese perfil, esa cosa de la que nos servimos en las experiencias de etología, darle miedo a una gallina con un recorte de águila o de halcón. Freud señala eso inmediatamente después de la guerra del 14. ¿Por qué un objeto, en apariencia tan alejado de la función del goce, como ese trampantojo, es el caso decirlo, que es ese doble, la imagen especular, cómo es que eso puede constituir un punto de fijación?, es de ahí que Freud insiste, señala en toda su segunda tópica, que es el verdadero fundamento de lo que preside al yo {*moi*}. Si al final él concluye en algo que se formula {como} la división del *Ich*, *Spaltung*, el rompimiento del yo, es precisamente porque en ese momento algo, en fin, una nueva vez, lo sorprende. ¿Lo sorprende en qué? Pero, en ninguna otra cosa que en la coherencia, en la coherencia de lo que el sujeto manifiesta. ¿En qué? En el inconsciente. ¿En el inconsciente en tanto que qué? En tanto que el inconsciente, eso se lee. Es porque Freud lee, traduce, interpreta, interpreta dos síntomas, de los que uno quiere decir lo contrario del otro, a saber, que en un caso quiere tener a toda costa un falo, y en el otro caso no lo quiere tener a ningún precio, que él habla, que él avanza en sus últimos escritos sobre los cuales se termina su mensaje, de la *Ich-Spaltung*, de la división del sujeto.

Si en un tiempo he hablado de retorno a Freud, era para recordar a nivel de la experiencia, a nivel de una práctica, de una práctica que sólo opera en el campo lingüístico, donde casi todo el tiempo es uno sólo el que habla... A causa de eso, un día lo llamé así, porque yo tenía mi claqué para escuchar hablar del analizado, lo llamé el analizante; porque es cierto, es él quien hace todo el asunto. Debo decir que eso tuvo éxito, jamás había visto eso; incluso, a la semana, en el Instituto Psicoanalítico de París, que, como ustedes saben, no está completamente de mi parte, todo el mundo no tenía en la boca más que al analizante. No está mal, prueba que eso era tocar justo; y luego, después de todo, ellos quizá no sabían que eso venía de mí; eso se dice así, de bo-

ca en boca, pero, al fin de cuentas, quiero decir que es muy posible, de todos modos hay cosas convincentes. Lamento no haber tenido siempre tanto éxito.

He recordado lo siguiente: que a nivel de una práctica, no hay necesidad de más allá. Recién se me planteó la cuestión de saber si yo no hipostasiaba alguna cosa bajo lo simbólico, bajo lo imaginario, y aun dos cosas diferentes; pero desde luego, completamente de acuerdo, pero, hipóstasis, son necesarias algunas reservas. Es muy posible que yo hipostasie algo, ¡pero no me miren sólo a mí! No estoy seguro, pero, ¿qué hipostasía él, así, un poquito, así, sin quererlo? Es justamente así que uno queda mal parado, hipostasiamos dale que dale, todo el día. De todos modos, yo jamás he dicho que, en fin, el logos, fuese algo, incluso en un punto ideal, algo que sea situable. Jamás lo he dicho porque, verdaderamente, no lo pienso; esto no tiene ninguna especie de importancia. Yo no pienso, yo digo: “el inconsciente está estructurado como un lenguaje”, porque desde la emergencia de esta noción aportada por Freud está claro que no se trata sino de eso. Si el sueño significa algo, es porque uno lo cuenta, y porque a partir del momento en que está contado, uno ya no se plantea ninguna especie de pregunta respecto del hecho de que es o no precisamente eso, verdaderamente, lo que uno ha soñado. Lo importante no es lo que ha soñado, es lo que sale o lo que no sale. La prueba, es que cuando vuelve después y dice “Ah, pero había olvidado eso”, todo está ahí. Es que él ha puesto esta nota agregada en un segundo tiempo, y es lo único que nos importa, lo ha dicho en un segundo tiempo, entonces, ¿trataba de engañarnos, de engañarse? En todo caso hay algo cierto, él no lo contó en seguida; en otros términos, todo lo que está declarando será retenido en su contra. Y esto es lo único que importa, es lo que vamos a poder leer a través de eso. Para eso, todos los modos de traducción son buenos, todos los golpes son buenos, salvo, desde luego, que no es el analista quien los produce. Es porque es inherente al significante el ser equívoco, que todos los golpes son buenos. Es porque es ya de lo que hace equívoco que el analizante, el sujeto que cuenta, se sustenta, y a partir del momento en que se dió cuenta de eso, que lo primero, eso para lo cual sirve una lengua, lo que la distingue de la vecina, son los juegos de palabras que se pueden hacer en esa lengua, y no en esa otra. Cuando Freud tiene la suerte de tener un sujeto que posee dos lenguas, no se priva un instante del asunto para equivocarse también de una lengua a la otra. Lo

repito, a ese nivel, todos los golpes son buenos. Y lo que acabo de decir sobre el sueño es igualmente cierto, y todavía más sorprendente, para el lapsus, los que son... justamente lo primero que ustedes encontrarán en la vida cotidiana, el tipo que saca las llaves de su bolsillo en el momento en que llega a lo de su analista, por ejemplo; todo el mundo comprende eso, y por eso me sirvo de esto. Abran en cualquier página de la *Psicopatología de la vida cotidiana*, es en la manera con la que el tipo cuenta su pifiada, su acto fallido, como se dice, es en la manera con la que el tipo dice que se equivocó, es decir, que uno le demuestra que él mismo acaba de decirlo: “creía que entraba en mi casa”. Y bien, vea, mi viejo, pero sí, es eso, usted entró en mi casa y creía que entraba en la suya. Y bien, él acaba de decirlo, yo no te lo hago decir, como se dice. Les hago observar que ahí yo he pasado al plano de la gramática, porque no es sólo en francés que “yo no te lo hago decir” quiere decir eso: “tú lo has dicho”. Pero eso también puede querer decir: “yo te lo he hecho decir por nadie” {*je te l'ai fait dire par personne*}. Si ustedes creen que Freud, todo el tiempo, no usa más que del equívoco significativo, no tienen más que remitirse al texto para percatarse de que él se sirve todavía más de la gramática, y que toda su especulación, ahí, al comienzo del *Presidente Schreber*, sobre el... “yo lo amo”, “no es él a quien amo”, “no soy yo quien lo ama”, “es él quien me ama”, y así sucesivamente, ¿no?, eso consiste en hacer malabarismos con lo que no está inscripto, al fin de cuentas, sino en la gramática, porque, aparte de la gramática, yo les pregunto qué relación hay entre el voyeurismo y el exhibicionismo. Eso no se sostiene, en Freud, sino en un juego de gramática, pero eso no impide prestarle fe.

Entonces, ahí de todos modos quisiera hacer observar lo siguiente: yo he dicho que, así, en su momento, “el inconsciente está estructurado como un lenguaje”; después de eso me ví forzado a apoyar, a decir que ahí, eso quería decir que el lenguaje está antes —¿pero acaso era eso lo mismo de lo que hablaba cuando dije que el inconsciente está estructurado como un lenguaje, con la manera resumida con la que acabo de tratar de hacérselos vivir?—, y luego, que después he dicho que el lenguaje era la condición del inconsciente. Lo que es divertido, es que jamás se presta atención a lo que yo digo, absolutamente jamás, porque *el* lenguaje, eso no tiene nada que ver con *un* lenguaje. Nadie vió jamás al lenguaje fuera de un lenguaje, pero eso no impide que el lenguaje, a pesar de todo, quiera

decir algo. Eso quiere decir algo de tal modo que hay personas que, por creer en ello, las llamamos lingüistas. Ellos tratan de volver a encontrar en cada lengua algo que sería el lenguaje. Quizá llegarán a ello, incluso podemos decir que están en el camino, pero son pareceres. En cuanto a mí, los lingüistas son personas que me gustan mucho, y todo el mundo, en fin, casi todo el mundo, está irritado por el caso que yo hago así, un poco a tuertas y derechas, de la lingüística; en todo caso, los lingüistas están exasperados. Sí, ellos no saben lo que me deben; a pesar de todo, ellos me deben muchos alumnos; es algo loco lo que se ha vertido de mi seminario hacia la lingüística, ¿no?, para no hablar de algo de lo que puedo testimoniar por medio de algunos nombres. Hace un momento, en fin, alguien me decía así, que yo era, por juego, universitario. Dios sabe sin embargo que ése no es mi tipo, y si ustedes me escuchan durante tanto tiempo, es porque yo los distraigo del discurso universitario. Yo he hablado de la metáfora y de la metonimia, así, en lugar de lo que Freud había visto así, mucho antes que los lingüistas, para hacer comprender bien las relaciones que trato de mostrar, en fin, del discurso psicoanalítico y esta verdad afín de que el inconsciente, es la estructura de un lenguaje. Sí, a pesar de todo es sorprendente hasta qué punto Freud, al aportar la condensación, de la que creo demostrar muy simplemente que es la materialidad misma de la metáfora, en fin, es una metáfora oscura, en fin, pero no hay otro modo de dar cuenta de lo que él llama condensación sino el hecho de que un significante se sustituye a otro creando, por esta sustitución misma, algo que tenga otra dimensión de sentido que el desplazamiento, lo que quiere decir que se hace expresamente, en fin, tomar una vejiga por una linterna, ¿no?, que es exactamente lo mismo que en esta frase: “tomar vejigas por linternas”,¹¹ es exactamente lo mismo, y entonces... {risas}.

{entra un joven en la escena, se acerca a la mesa donde habla Lacan, se sirve un vaso de agua, y luego lo derrama sobre los papeles que están en la mesa, al par que los revuelve}

¹¹ La locución *prendre des vessies pour des lanternes* se emplea para indicar que se comete una grosera equivocación, o que se quiere hacer creer algo absurdo. Un equivalente nuestro, aunque poco usual, sería “confundir la gimnasia con la magia”.

X — ¿Van a brutalizarme? Pero yo me expreso a mi manera, como ese señor. ¿Usted me comprende?

LACAN — Sí, lo comprendo.

X — ¿Quiere usted jugar conmigo?

LACAN — Sí, en seguida, ¿usted quiere?

X — Pero usted no tiene todavía bastante con ese monólogo, ¿no?

LACAN — ¡Sí, es cierto!

X — ¿Usted no se da cuenta de que el público al que se dirige es por definición el más mediocre y el más despreciable al que uno puede dirigirse, el público estudiantil?

LACAN — ¿Usted cree?

X — Sí. Usted todavía no ha entendido que, históricamente, ahora es tiempo de juntarse para otra cosa que para escuchar a alguien que habla de algo que le interesa. En el fondo, yo vengo a hablar ahora de algo que me interesa, es decir, los pasteles.

PÚBLICO — Déjalo hablar.

X — Perdón, ¿quién me invita? En el fondo, yo me invito. El pequeño antojo de este señor es interrogarse sobre el lenguaje, y el mío es construir castillitos con la pastelería {risas}. Entonces, todavía quisiera añadir que intervengo en el momento en que tengo ganas de intervenir, y que, digamos que el conjunto, lo que hasta hace aproximadamente cincuenta años podía llamarse cultura, es decir, expresión de gentes que, en un canal parcelario, expresaban lo que podían sentir, ya no es posible, y ahora es una mentira, y sólo puede llamarse espectáculo, y en el fondo es el telón de fondo que aunda, en el fondo, y que sirve de enlace entre todas las actividades personales alienadas. En el fondo, si ahora las personas que están aquí se juntan a partir de sí mismas, y auténticamente quieren comunicar, eso será una base muy diferente y con una perspectiva muy diferente; es evidente que esto no es una cosa que haya que esperar de los estudiantes, quienes por definición son aqué-

llos que por un lado se aprestan a convertirse en los cuadros del sistema con todas sus justificaciones, y que son precisamente el público que, con su mala conciencia, va a alimentarse precisamente con los residuos de las vanguardias y con el espectáculo en descomposición. Es por eso que yo elegí precisamente este momento para divertirme, ¿y?, porque si yo veo, por ejemplo, tipos que se expresan auténticamente en alguna parte, {no} voy a ir precisamente a fastidiarlos, pero elegí precisamente este momento, ¿y qué?

LACAN — Sí, ¿usted no quiere que yo trate de explicar la continuación?

X — ¿Qué continuación? ¿En relación a lo que acabo de decir? Me gustaría mucho que usted me responda.

LACAN — Pero sí, querido, pero voy a responderle. Póngase ahí, voy a responderle. Quédese tranquilo ahí donde está. Puede ser que yo tenga algo para contarle, ¿por qué no?

X — ¿Usted quiere que me sienta?

LACAN — Sí, eso es, es una muy buena idea... Bien, entonces, habíamos llegado al lenguaje. Si usted se ha expresado así, ante este público, que en efecto está bien preparado para escuchar declaraciones insurreccionales, ¿pero qué quiere hacer?

X — ¿A dónde quiero llegar?

LACAN — Sí, eso.

X — Es la pregunta, en el fondo, que los padres, los curas, los ideólogos, los burócratas y los canas, formulan generalmente a las personas como yo, que se multiplican, ¡y qué!, puedo responderle, puedo hacer una cosa, la revolución.

LACAN — Sí.

X — Ve usted, y, bueno, está claro, al momento al que hemos llegado por el momento, uno de nuestros blancos preferidos son es-

tos momentos precisos, donde personas como usted, que están en el trance de venir, en el fondo, a aportar a todas esas personas que están ahí la justificación de la miseria cotidiana, ¡en el fondo, es eso lo que usted hace!

LACAN — ¡Oh, de ningún modo! {risas}

X — Sí.

LACAN — Ante todo es preciso mostrárselas, su miseria cotidiana.

X — Pero eso es justamente lo que quisiera agregar, que hemos llegado justamente al momento en que ya no tenemos necesidad de especialistas que deban mostrarla. Está claro que hay suficientes personas, y eso se manifiesta por el momento, la descomposición se manifiesta a escala planetaria con suficiente fuerza como para que veamos que por el momento reina un malestar, quiero concederle este paréntesis...

LACAN — Un malestar...

X — El público estudiantil está probablemente retrasado, aunque sea probablemente por ese lado que haya más trastornos espectaculares y superficiales. Bueno, pero está claro que el malestar y la conciencia de su alienación y de su rechazo, la familiaridad de su alienación crece cada vez más. Ahora queda por dar el paso decisivo, ver la alternativa posible. Ciertamente, usted no está ahí para eso, aunque yo no desprecio absolutamente lo que usted acaba de hacer, pero, eh... {risas y aplausos}. Bueno, pero ahora, en el fondo, no tengo gran cosa para decir: si todas estas personas que están aquí se dan cuenta de que, en el fondo, la vida que estamos llevando en general, debe ser cambiada, en el fondo, si estas personas se organizan entre sí, todavía quisiera decir algo, porque después, me voy rápidamente, porque...

LACAN — No, no, de ningún modo, hay que quedarse.

X — Pero si estas personas se organizan, porque en el fondo lo único que en la hora actual es necesario es que haya una organización, harán otra cosa que venir a escuchar a alguien que habla, e incluso que pueda hablar de política, o de cualquier cosa, y eh...

LACAN — Y ve usted, ¡usted está en la organización!

X — Sí, sí.

LACAN — Porque lo propio de una organización es tener miembros, y los miembros, para que se mantengan juntos, ¿qué es preciso?

X — La cohesión.

LACAN — ¡Yo no se lo hago decir! *{risas}* Es ahí que yo había llegado, porque, figúrese que lo que usted está contando, eso tiene, así, un airecillo de lógica. Usted es un lógico.

X — Ahí usted da un grave salto, en fin, porque no es porque uno tiene lógica que se la hace, es un discurso de especialista.

LACAN — De ningún modo, su organización, ¿qué es? Usted acaba de decirlo, es la cohesión, es la lógica.

X — No, eso no es la cohesión, eso no es la lógica, me importa un carajo de ese nivel. Aparte de la voluntad subjetiva de cada uno, mía como la de otros, y como estoy seguro de ello, plenamente en esta sala, probablemente, a pesar de que ellos estén aquí, y que hayan llegado, eh, a escucharlo, pero estoy seguro de que es la voluntad subjetiva de cada uno la que tiene ganas.

LACAN — ¿Por qué habla usted de subjetiva?

X — De subjetiva, eso es, en el fondo, una cosa que todo el mundo comprende.

LACAN — ¡Ah, yo no se lo hago decir, todo el mundo comprende! *{risas}*

X — Bueno, pero espere, esta subjetiva que, es eso el sentido, en el fondo, de la historia, ahora, quien quiere ligarse con los otros, para eh..., esto no es otra cosa, ahí, que la alternativa social, en el fondo, en la intersubjetividad, y ahí está, en el fondo, la cohesión de, incluso no hay necesidad de ser un lógico, como usted dice.

LACAN — Usted no ha observado que las revoluciones tienen por principio, como el nombre lo indica, volver al punto de partida, es decir, restaurar justamente lo que cojeaba.

X — Sí, pero eso es un mito periodístico-sociológico {risas}, que en el fondo, no hay que llegar especialmente, tras horas de cursos, para llegar a escucharlo decir, sino que estoy seguro de que todos los profesores deben decirlo, y en el fondo, todos los periódicos... Le digo que eso es un error, y que probablemente, en los años por venir, verá el error a sus expensas, probablemente, como a expensas de todos los especialistas, que por el momento están como usted, aquí, lamiendo las últimas migajas del espectáculo, y se lo ruego, ¡que le aproveche! {risas}

LACAN — Me asombraría, me asombraría que sea como dice usted, el fin del espectáculo.

X — Pero escuche, en ese plano no discuto con usted, veremos ¡eh!, ¡usted verá!

LACAN — ¡Sí, veremos, pero no está concurrido, usted sabe!

X — En fin, sí, en la base, ésta es una sucia discusión, porque, en la base, usted no tiene los mismos intereses que yo.

LACAN — Usted no sabe. ¿Confesaría sus verdaderos intereses?

X — ¿Cómo?

LACAN — ¿Cuáles son sus verdaderos intereses?

X — No, pero eso, en el fondo, he dicho lo que tenía que decir, por otra parte, lo he dicho...

LACAN — ¡Ve usted cómo le gusta decir algo!

X — Es lo primero que he dicho, en el fondo.

LACAN — Sí, es también lo último, porque usted no puede ir más lejos, usted no puede ir más lejos que esa idea de voluntad subjetiva, que es una idea, justamente, que resultaba... acabo de hacer observar, justamente, que el sujeto jamás está plenamente de acuerdo consigo mismo, incluso usted, quien... la prueba, es que en seguida comenzó a hablar de organización, en el momento en que...

X — Al respecto, ¿puedo decir algo, que quizá usted no ve muy claro?

LACAN — Justo después del momento en que usted hizo el desbarajuste, quiere la organización, ¡confíéselo, a pesar de todo!

X — Bueno, pero señor, ¿podría responderle algo?

LACAN — ¡Sólo espero eso!

X — Es fácil ver que en cierta situación dada, es preciso, en un momento dado, digamos, captar, o más bien romper lo que está existiendo para que, en un momento dado, en el fondo es eso, la dialéctica, en el fondo.

LACAN — ¿Pues usted está todavía con eso, todavía está en la dialéctica?

X — Pero cuando usted habla de, cuando usted habla de un semblante de contradicciones entre la voluntad subjetiva y la organización, esto no es una contradicción; la organización, en un momento dado, es una concesión subjetiva a la historia.

LACAN — Ve usted que ya ha llegado a las concesiones, mi Dios.

X — Se trata, señor, la supervivencia en la cual vivimos por el momento, no ha hecho más que vivir sobre las concesiones infligidas a los individuos. Se trata por el momento de encontrar una organización social que supere el punto donde estamos por el momento, y que satisfaga, en el fondo, satisfaga mejor...

LACAN — Ve usted, ahora, ha llegado a lo mejor. ¿Qué es ese mejor, un superlativo o un comparativo?

X — Es una superación, ¿comprende? No se trata de Jesús o de Dios o bien de una situación, no se trata de absoluto o de... no, es una superación, es eso, la historia.

LACAN — ¿Qué le hace falta cuando acaba de decir lo mejor? Parece que es un superlativo.

X — Lo más mejor, en fin {risas}.

LACAN — ¡Ah! Vea, escuche, usted es exactamente, mi viejo, usted es un apoyo precioso para mi discurso, es justamente ahí a donde quería llegar, a lo más mejor.

X — Pero, yo ya lo escuchaba desde hacía cinco minutos, pero no me parecía que usted charlaba de eso.

LACAN — Pero sí, yo hablo de eso, es de lo más mejor que se trata.

X — Aquí hay trecientas personas, en principio usted está de acuerdo conmigo, usted está de acuerdo con que, en el fondo, la universidad, en sí, no está ahí, como todo lo demás por otra parte, como el cigarrillo *Gauloise*, como el pan de campaña o como usted mismo, en tanto que objeto, ¿eh? {risas}; usted no está ahí, en el fondo, usted no puede justificarse sino por el hecho mismo de que usted está ahí; en el fondo no hay más, ya no podemos, en un momento dado, encontrar justificación, por ejemplo ¿en la universidad? ¿Acaso cuando usted vino a charlar aquí, dijo que hay que destruir la universidad, suprimirla de arriba abajo?

LACAN — No he dicho eso.

X — Aquí estamos quinientas personas que, cada una, por el hecho de que estamos en unas situaciones precisas, que cada una tiene unos talentos diversos, unas situaciones privilegiadas, sería posible, estando dado que partiéramos del postulado de que se tendrían ganas de cambiar algo, sería posible encontrar juntos una forma de organización que pueda ser una forma eficaz. ¿Acaso cuando usted viene a charlar habla de eso, o bien habla de otra cosa, que en ese momento no hace más que...? Usted habla tres horas, luego uno entra después, entonces después, bueno, ¿eh...?

PÚBLICO — Cállate, ahora.

LACAN — ¡Bueno, entonces continuamos, a pesar de todo!

PÚBLICO — Sí.

LACAN — Sí, ¡ah! *{suspiro}* Estaba en ese punto, ¿no?, que el lenguaje determina, y es sustancialmente eso en lo cual, justamente, reposa la realidad de este término de estructura. Es muy precisamente porque cierto discurso resulta muy insoportablemente próximo de lo real, de lo real que no es lo que se llama, en fin, como acaba de demostrarlo con mucho talento mi interlocutor, lo real que no es algo que tenga que ver con lo que comúnmente se llama la realidad, a saber, en efecto, como acabo de hacérselos observar, el hecho de que ustedes estén todos ahí y que tengan una gran paciencia para conmigo, lo que es, en efecto, algo que tiene sus límites. Ese algo, es cierto, en fin, que les interesa por el hecho de que ustedes están ahí, está en efecto ligado a cada uno, además, de manera que le es enteramente personal, subjetiva, como él lo dijo recién, subjetiva, y por lo cual ustedes están, en fin, entre Caribdis y Escila, entre nadar y guardar la ropa, entre esto y aquello, pero seguramente no unificada por otra cosa, como acaban de escuchar un discurso que, a pesar completamente incluso del contexto, toma el aspecto de una exposición, de una exposición de algo de lo que ustedes esperan, después de todo, algo que pueda destacarse, ordenarse en alguna parte, como siendo una cierta concepción del mundo. No hay nada más diferente de esta especie de desbrozamiento que está muy positivamente fundado sobre una cierta experiencia, sobre la experiencia que consiste en la existencia de lo que llamamos neurosis, y para indicarles simplemente dos grandes vertientes de una neurosis cuya esencia es situar al sujeto en relación a un deseo que él quiere conservar insatisfecho, y de otra que, en fin, la segunda, de la que todavía no les he dicho el nombre antes, pues en la primera ustedes ciertamente han reconocido a los histéricos, en la segunda la confrontación a un deseo estrictamente definido, situado, constituido como un deseo imposible; que algo se manifieste en este contexto, ¿no?, que es la puesta en primer plano, la interrogación como tal de la neurosis, y la tentación de elucidar tanto como sea posible un sentido, si se produce algo así, y si se produce también algo, después de todo, mi Dios, que bien podemos decir que hasta un cierto punto es nuevo, a

saber, este llamado loco a un cambio, no se sabe cuál, pero que, como ya lo he dicho muchas veces en presencia de interrupciones como esta, es algo que no desemboca, al fin de cuentas, más que en el anhelo de que estemos todos juntos, ¿y para qué?, para, únicamente, ese objetivo, ese fin, esa instancia apremiante y de alguna manera exigida a todo precio, ¿no?, que es que eso cambie; ¿que eso cambie en qué?

{interrupción: se llevan al joven de la sala, quien se va gritando algo inaudible}

Que eso cambie por una nueva organización. Esta organización, no está del todo excluido que la veamos nacer, la vemos nacer bajo la forma de un régimen que se intitula, se intitula incluso, mi Dios, para lo que es su inspiración en efecto suprema, ¿no?, es la totalidad, en fin, es como él se los decía hace un instante, en fin, ¿no?, que allí estemos todos, que estemos todavía un poquito más codo a codo para ser aquéllos que quieren ¿qué? Organización, ¿qué quiere decir eso, si no es un nuevo orden? Un nuevo orden, es el retorno a algo que, si ustedes siguieron bien lo que les he dicho y de dónde he partido, es algo que es del orden ¿de qué? Pero, del discurso del amo, muy simplemente. Es la única palabra que no haya sido pronunciada en todo eso, pero que el término mismo de organización implica. Hasta un cierto punto, es completamente conveniente que haya mucho progreso en ese sentido, si a eso lo podemos llamar progreso; quiero decir que lo que nos revela el enfoque de lo que sucede, en fin, de lo que sucede a pesar de todo en un cierto número de sujetos, es decir, algo eminentemente precioso que él ha evocado recién bajo el término de voluntad subjetiva, esta voluntad subjetiva, si la vemos de una manera verdaderamente permanente como no pudiendo manifestarse sino por su propia división, esto está hecho seguramente para sugerirnos algo, a saber, que a pesar de todo no es la imagen de la armonía total, en fin, realizada, es un llamado lo que ustedes han escuchado, que yo conozco bien, y que es conmovedor, en fin, eso desemboca en algunos inconvenientes así, sobre mi corbata *{Lacan alude al momento en que el joven le tiró encima el vaso de agua}*. Es el amor, es el amor que él les predica; si fuéramos todos así, todos juntos para amarnos, es la Jerusalén celeste, ¿no?, lo que él viene a anunciarles así. Eso se ha visto algunas veces en el curso de la historia, y jamás en momentos indiferentes. Es muy justamente porque algo se manifiesta, que de todos modos está estrictamente inserto, en fin, en el or-

den del discurso, es porque hubo un discurso que está proliferando, en fin, que engendra innumerables cachorros que se les vuelven, a todos y cada uno, a mí también, en fin, terriblemente incómodos, a saber, el discurso científico que cada vez más está ahí, en fin, inminente, amenazante por su presencia, ¿no?, por la idea de que todo eso va a arreglarse finalmente en términos mecánicos, de balística, de equilibrio, de corrientes, y luego, cuanto más se sepa de eso, tanto más valioso será, y pronto finalmente sabremos cómo producir, en fin, tal o cual tipo de individuo que sabrá marchar con todos, ¿no? Lo que la experiencia nos muestra es evidentemente muy otra cosa; lo que la experiencia nos muestra, es que es un lenguaje del que he hablado y que es eso en lo cual todos ustedes han creído y crecido, que no es algo que se les ha transmitido sin vehiculizarles al mismo tiempo toda una realidad estremecedora y vacilante que les está hecha por el deseo de sus padres. Es por eso que, en la formación de cada uno, esta incidencia por la madre, en fin, por la lengua materna, ¿no?, algo que está a la vez al principio, que es hacia ahí que se vuelve el amor, que es hacia ese estremecedor llamado a la unión ¿en qué? En algo muy evidentemente, como él lo ha dicho, alienante. Lo que hay de absolutamente increíble, es que él imagina que es golpeando con sus puños la bóveda del cielo que esta alienación, que es justamente esto que hace que, después de todo, lo que él les decía, es algo que además era un llamado. ¿Un llamado hacia qué? Hacia más verdad. Su palabra le parecía verdaderamente idéntica, en fin, a esta verdad cuyo instrumento se consideraba él en este caso, en fin, su mensajero, el ángel encargado de sacarlos ¿de qué? — de vuestro sueño, al fin de cuentas, de vuestros fantasmas, de vuestra particularidad. Desgraciadamente, está completamente claro que, no sólo esta particularidad resiste, sino que ella es ahí eso de lo cual tenemos que ocuparnos.

Y para llegar al último término, puesto que en esa pequeña entrevista que tuve con un grupo limitado, al final se llegó a demandarme razón de algo que es el extremo sobre el cual, en fin, llega a un cierto recodo, si no a un cierto término, ¿no?, lo que está en juego de la palabra como creadora del sentido, como la palabra que al fin de cuentas se revela como no siendo más que el soporte del goce. ¿De qué goce? Sino, de éste, que nos es mostrado en el horizonte, a saber, algo que gira alrededor de ese punto, ese punto ideal, que es al fin de cuentas aquello de lo que se trata, a saber, la relación de ensayo, de esto, ¿no?, y este ser que somos todos, que yo soy con ustedes, ¿es

qué? Es esta extraordinaria, en fin, manifiesta impotencia, que es verdaderamente la de todos; no voy a decir en frente de todas, porque la mujer, aquí lo indico, lo he indicado, lo leerán en lo que va a salir en mi último escrito, la mujer no puede, como el hombre, ser destacada por una relación unívoca con algo que resulta haber sido revelado por el discurso analítico; a saber, que en lo que es de la aproximación de los sexos, siempre hay un tercero, que a ese tercero ustedes lo fijan en el Otro {*Autre*}, el *Autre* con una A mayúscula, ese otro¹² que es el lugar en el cual ustedes testimonian o articulan lo que tienen para decir, ustedes se manifiestan, en fin, cada uno, como el testigo de lo que han podido recoger de verdad, o, si hay otra cosa todavía que el análisis ha puntualizado de manera mucho más próxima, ¿no?, a saber, la función enigmática, jamás verdaderamente transfijada, jamás verdaderamente bien ceñida, puesta a punto, y aquella que se expresa por el término de omnipotencia del pensamiento, es decir, una notación verdaderamente etnográfica que verdaderamente no tiene alcance pero que se coagula en esta función, que está marcada por lo que distingue los sexos por una relación diferente con el falo; ese tercero, esta función tercera, no es llevada por el análisis, en su relación con la función fálica como siendo lo que se vuelve a encontrar de alguna manera necesariamente, lo que hace tropezar, ¿no?, lo que constituye también todo un drama, el que gira alrededor de la castración, lo que no quiere decir nada más que el reconocimiento de un cierto límite. Este límite es muy precisamente esto, que es lo mismo, no digo que uno es primero y el otro segundo, ¿no?, ni inversamente, ¿no?, que es esto, que esta cosa que parece verdaderamente ligada a la reproducción, a esta reproducción pasajera que es el enigma de la vida, ¿no?, esta cosa que consiste en la diferenciación, en todo ser vivo, de dos funciones que son denominadas los sexos, es muy precisamente lo que es, por el hecho mismo de la función y de la existencia del lenguaje, imposible de formular de otro modo que, como lo he dicho recién, por metáfora. Toda esta historia que hace que yo pueda decir, supongo, en fin, imagino, me atrevo a imaginar que no hay uno de los que están aquí, que no hay uno de ustedes que no esté sin haber experimentado, y de la manera más directa, la dificultad del encuentro, ¿no?, el milagro del encuentro, lo que en todo el tiempo ha constituido el sueño del amor, que es a la vez, en efecto, el pivote, el

¹² Nota de **elp**: “debe tratarse más bien de *ese Otro*”.

punto de giro de todo lo que se ha proferido hasta ahora como discurso, y que sin embargo está, si se puede decir, verdaderamente destinado a lo que Freud expresa bajo el término de pifiada, de lo que siempre es fallido.

Es eso, éste es el horizonte, ¿no es cierto?, que nos ha revelado Freud, esto es que si el sexo es, de alguna manera, el punto ideal alrededor del cual todo discurso adquiere su sentido, no sigue siendo menos verdadero que ese punto ideal es un punto que, de alguna manera, está fuera del mapa, y que la estructura, es eso, lo mismo que en matemáticas, no sólo es pensable, sino más que pensable, corriente, referirse a ese punto insituable, a ese punto cuyo soporte está en realidad mucho más presente de lo que sospechamos, ¿no es cierto?, conforme a algo que se construye, y alrededor de lo cual se construye la idea, en la topología, del plano proyectivo, es muy exactamente hacia ese punto de hiancia que sin duda todo el discurso humano converge, y por otra parte, ahí, el discurso científico nos da de eso tantas pruebas como los otros; y es la revelación de esta estructura que es aquello sobre lo cual se funda, y sobre lo cual, en unos casos privilegiados que son precisamente aquellos que he definido recién por la neurosis, que gira y se edifica el discurso analítico. Para esto, es evidente que es preciso acentuar, precisar cuáles son los miembros, los miembros que son situables lenguajeramente, ¿no?, en el nivel más elemental de la función del lenguaje. Es eso lo que el análisis nos enseña a localizar, es eso lo que nos sitúa, lo que define al analista.

Si he hablado recién — no podría, pues es preciso que este discurso termine, más que aludir a lo que he llamado el objeto *a* minúscula, alrededor del cual da vueltas todo el proceso de un análisis. Es en el hecho de que algo se ha inaugurado, que se define por la función del analista, quien es aquél que puede permitirse, que osa permitirse ponerse en posición —por relación al sujeto, al sujeto, en efecto, más o menos enloquecido por esta extraordinaria condición humana de habitar el lenguaje— que es la de ser aquél que se pone en posición de causa del deseo. Es cierto que la transferencia no es nada, pero si no existiera la palabra, la palabra del sujeto hablante, del analizante mismo, quien de alguna manera traza sus caminos, la interpretación del analista, en suma, jamás podría producir ese corte, ese algo gracias a lo cual cambia una estructura. Es precisamente por eso que el análisis, lo he hecho observar recién, se ha hecho notar por algo que

es, en las condiciones de la historia donde estamos, un nuevo discurso, un nuevo modo de lazo social. Esa cosa que se establece entre el analizante y el analista, es ahí la célula inicial de algo que debe ir mucho más — que irá o no irá, pero, si va, tendrá un lugar ¿no? esta posición del analista, tendrá un lugar esencial en algo que nos dará reposo, que compensará, que estancará el modo de malestar, en efecto, malestar en la cultura —Freud ya lo había promovido, por cierto que lo había promovido, sabiendo lo que decía, porque él sentía llegar los síntomas de esto—, pero este malestar se acentuará, ciertamente, no puede más que acentuarse, en razón de lo que aporta de completamente nuevo, en el lazo social mismo, ese discurso científico.

Es en eso que la época en la que vivimos hace del advenimiento del análisis no, de ningún modo, un progreso, porque, como ya aludí varias veces a eso en este discurso, lo que se gana por un lado, se pierde por otro. Lo que hemos adquirido como resorte, como uso del saber, como cuestionamiento del saber en sus relaciones con la verdad, es algo que seguramente existe, que es verdaderamente el sello, la marca, el salto, lo destacado, el blasón de esta era que vivimos. Pero tampoco sabemos, somos bien incapaces de decir, por relación incluso a unos estadios, a unas épocas que nos son próximas, cuál era en ese momento el saber que era precisamente lo que producía el equilibrio, eso alrededor de lo cual, en fin, se apaciguaba esta horrible impaciencia. Y es precisamente porque no lo sabemos que estamos reducidos a nuestros propios medios.

**traducción y notas:
RICARDO E. RODRÍGUEZ PONTE**

**para circulación interna
de la
ESCUELA FREUDIANA DE BUENOS AIRES**